

FIRMA INVITADA
Ana Marta González

Filosofía contra el dominio de lo trivial



«La pervivencia de la filosofía constituye por sí sola un recordatorio, hoy particularmente necesario, de que la vida humana no puede considerarse una simple función de la supervivencia»

QUIEN OPONE VIDA Y RAZÓN suele olvidar que, lejos de ser una facultad inerte, la razón tiene intereses, y que son precisamente estos intereses los que prestan a la vida humana su dimensión y relieve más característicos. **Kant** los concentraba en torno a tres preguntas fundamentales: ¿qué puedo saber?, ¿qué debo hacer?, ¿qué puedo esperar?, que consideraba que podían resumirse en un cuarto interrogante: ¿qué es el hombre? Aunque estas preguntas conciernen en último término a todo hombre, profundizar en ellas de forma rigurosa es lo propio de esa actividad que llamamos filosofía.

Que incluso en una civilización pragmática y de miras cortas como la nuestra la filosofía ocupe todavía un lugar en la educación puede considerarse, en el peor de los casos, una inercia de los sistemas educativos; en el mejor, una apuesta consciente por el único ejercicio de la razón que puede hacer frente al *dominio de lo trivial* que hoy caracteriza la opinión pública, donde las cuestiones más intrascendentes conviven y remplazan con la mayor celeridad a otras que tal vez merecerían una consideración más detenida.

Distinguir lo importante de lo no importante es para muchos la tarea de toda una vida. La pervivencia de la filosofía, más allá de la orientación que cada filósofo imprima a sus reflexiones, constituye por sí sola un recordatorio, hoy particularmente necesario, de que la vida humana no puede considerarse una simple función de la supervivencia; un

indicio de que la razón no se satisface con vanos ejercicios dialécticos, al servicio de intereses distintos de la verdad.

El título de este artículo evoca un libro recién publicado por mis colegas **Lourdes Flamarique** [Fia 81 PhD 87] y **Claudia Carbonell** [Fia 99 PhD 06], *La posverdad, o el dominio de lo trivial*, en el que, tomando pie del debate sobre la posverdad, que afloró con virulencia hace ya casi tres años, se plantea abiertamente la cuestión de la verdad, que es, en definitiva, el gran interés de la filosofía.

Naturalmente, hay verdades y verdades. Cada cual, el filósofo, el científico, el artista... persigue la propia de su ámbito, igual que todos perseguimos, con mayor o menor acierto, esa verdad que **Aristóteles** designó una vez como «verdad práctica», la verdad de la acción y, en último término, la verdad de la vida. Sin embargo, las verdades cuya ausencia desató la alarma de amplios sectores de la sociedad, hasta convertir el término *posverdad* en un tema de tertulia durante la friolera de varios meses, son humildes verdades fácticas. Esas que, envueltas en una retórica más o menos persuasiva, tienen relevancia para la vida política: ¿ocurrió o no ocurrió tal cosa? ¿Dijo la verdad el candidato? ¿Estaba equivocado o mintió deliberadamente? En este contexto, lo que el término *posverdad* pretendía poner de manifiesto es lo aterrador de un estado cultural marcado por una aparente indiferencia hacia la verdad, en el que ya no importa tanto lo que dijo cuanto el modo en que lo dijo. Sin duda, como apuntaba **Aristóteles** en su *Retórica*, para un discurso eficaz no basta solo el argumento, sino la capacidad de llegar al público, la apariencia de integridad... El problema aparece cuando la atención se dirige casi exclusivamente a estos aspectos, hasta extremos que rayan lo ridículo, y entre medias se sacrifica la verdad. Porque, como argumentaba **Hannah Arendt** en un célebre ensayo, esto resulta letal para la credibilidad de la política.

El discurso populista constituye una reacción profundamente emocional frente al discurso aséptico de una tecnocracia políticamente correcta. Pero ambos sacrifican la verdad y terminan recurriendo a estrategias retóricas parecidas para hacerse un lugar en el escenario. Formar una ciudadanía crítica, capaz de sustraerse a la dialéctica y a la superficialidad de discursos vacíos, requiere algo más que retórica: requiere esa clase de libertad que solo se conquista mediante un disciplinado amor a la verdad y un exigente ejercicio de autocrítica frente al dominio de lo efímero. De eso, no de otra cosa, trata la filosofía.

LA PREGUNTA DE LA AUTORA

¿Qué es lo que distingue y cómo se forma una ciudadanía crítica?



@NTUnav

Opine sobre este asunto en Twitter. Los mejores tuits se publicarán en el siguiente número.

Ana Marta González es profesora del departamento de Filosofía e investigadora del Instituto Cultura y Sociedad de la Universidad de Navarra.